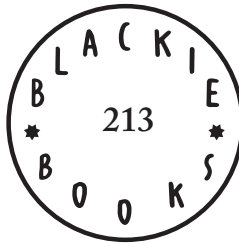


WERNER HERZOG

Cada uno por su lado y Dios contra todos
Memorias



Traducción de Marina Bornas Montaña

Título original: *Jeder für sich und Gott gegen alle – Erinnerungen*

Diseño de colección y cubierta: Setanta

www.setanta.es

© de la ilustración de la cubierta: Julio Fuentes

© de la fotografía del autor: Lena Herzog

© Carl Hanser Verlag GmbH & Co. KG, Múnich, 2022.

Derechos negociados a través de Ute Körner Literary Agent

© de la traducción: Marina Bornas, 2023

© de la edición: Blackie Books S.L.U.

Calle Església, 4-10

08024, Barcelona

www.blackiebooks.org

info@blackiebooks.org

Maquetación: David Anglès

Impresión: Liberdúplex

Impreso en España

Primera edición: febrero de 2024

ISBN: 978-84-10025-12-7

Depósito legal: B 20817-2023

Todos los derechos están reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación sin el permiso expreso de los titulares del copyright.

Enkidu suspiró amargamente y dijo:
«Gilgamesh, el guardián del bosque nunca duerme».
Gilgamesh respondió:
«¿Dónde está el hombre que puede subir al cielo?».

Prólogo

En un principio, mi película *Aguirre, la cólera de Dios* iba a terminar así: cuando la balsa de los conquistadores españoles llega a la desembocadura del Amazonas, solo hay cadáveres a bordo. El único que sigue vivo es un loro parlanchín. Cuando la marea del Atlántico devuelve la balsa al caudaloso río, el loro grita sin cesar: «¡El Dorado, El Dorado!». Mientras rodábamos, sin embargo, encontré un desenlace mucho más bonito: cientos de monitos invaden la balsa y Aguirre fantasea con ellos sobre su nuevo imperio mundial. Hace poco me topé con un relato no confirmado sobre el final del personaje —ese sí, históricamente confirmado— de Aguirre. Abandonado por todos, tras haber asesinado a su propia hija para que no tuviera que presenciar su caída en desgracia, ordena al único hombre que le permanece fiel que le dispare. Este lo apunta con el mosquete y la bala le impacta en el pecho. «Eso no ha sido nada», protesta Aguirre, y le ordena disparar de nuevo. El hombre le da entonces en el corazón. «Esto debería bastar», dice Aguirre, y cae muerto.

Estoy seguro de que el desenlace de los monos es la más hermosa de todas las alternativas, pero me pregunto cuántas posibilidades, de cuántas alternativas no vividas he dispuesto. No solo como inventor de historias, sino en la vida misma. Al-

ternativas que nunca se han hecho realidad, o solo lo han llegado a ser muchos años después.

Ya utilicé el título de este libro para mi película sobre Kaspar Hauser, pero casi nadie fue capaz de reproducirlo con exactitud. Aquí hago un segundo intento. Aunque el título me defina como un lobo solitario, la verdad es que casi siempre he tenido compañeros de trabajo, familia, mujeres. En este libro no aparece nada sobre ninguna de ellas, con contadas excepciones. Todas eran extraordinariamente independientes, fuertes, guapas e inteligentes. Sin ellas solo sería una sombra de mí mismo.

¿Adónde me ha llevado el destino? ¿Cómo se las ha arreglado para dar siempre nuevos giros a la vida? Pero también hay muchas cosas que han sido constantes: una visión que nunca me ha abandonado y, como buen soldado, el sentido del deber, la lealtad, el coraje. Siempre quise mantener unos puestos de avanzada que los demás ya habían abandonado a la desbandada. ¿Cuánto de todo lo ocurrido era previsible? El soldado japonés Hiroo Onoda se rindió veintinueve años después del final de la Segunda Guerra Mundial. De él aprendí que, a la luz del atardecer, una bala de fusil disparada contra ti parece una bala trazadora. En ese momento puedes ver el futuro por un instante.

Estaba escribiendo el final de este libro. Levanté la vista porque atisé un destello al otro lado de la ventana, algo que se precipitaba hacia mí, con un intenso brillo verde cobrizo. Pero no era una bala enemiga perdida, sino un colibrí. En ese momento decidí dejar de escribir. La última frase simplemente se interrumpe en el momento en el que estaba.

I

Estrellas, el mar

El llanto de las mujeres cesó hacia el mediodía. Algunas habían estado gritando y tirándose del pelo. Cuando todas se hubieron ido, me dirigí hacia allí. Era un pequeño edificio de piedra junto al cementerio, en el pueblo de Hora Sfakion, en la costa sur de Creta: un puñado de casas dispersas sobre las escarpadas rocas. Yo tenía dieciséis años. El pequeño velatorio carecía de puerta. En la penumbra del interior vi dos cadáveres juntos, tan cerca que se tocaban. Eran dos hombres. Más tarde supe que se habían matado el uno al otro por la noche. En aquella zona remota y arcaica aún existían las venganzas de sangre. Solo recuerdo el rostro del muerto que yacía a la derecha. Era azulado como el saúco, con matices amarillentos. En las fosas nasales tenía dos grandes pelotas de algodón empapadas de sangre reseca. Había recibido una perdigonada en el pecho.

Al anoecer me hice a la mar. Trabajaba en un barco pesquero las noches más oscuras, justo antes o después de la luna nueva. Un barco arrastraba seis barcasas, *lampades*, a mar abierto, cada una con un solo tripulante. Allí, repartidos a lo largo de un kilómetro, nos desenganchaban y nos dejaban solos. El mar era liso como el cristal, sin olas; una balsa de aceite. Además, había un profundo silencio. Cada barcaza tenía una gran lámpara de carburo que iluminaba las profundidades. La luz atraía

a los peces, sobre todo a los calamares. Se pescaban con una técnica peculiar: en el extremo del sedal se ataba un pedacito de papel parafinado de la forma y el tamaño de un cigarrillo. El brillo del papel atraía a los calamares, que rodeaban a la supuesta presa con sus patas succionadoras. Para facilitarles el agarre, se fijaba un anillo de cerdas de alambre en el extremo del cebo. Había que saber exactamente hasta qué profundidad se había hundido el cebo en el agua porque, en el momento en que los calamares emergían, lo soltaban enseguida y volvían al mar. Por tanto, cuando el sedal estaba a un brazo de la barcaza, había que dar un rápido tirón para que el calamar aterrizara en ella de un solo golpe.

Las primeras horas de la noche transcurrieron en inmóvil espera hasta que, en un momento dado, la luna artificial de la lámpara empezó a hacer su efecto. Sobre mí estaba la cúpula del universo, las estrellas al alcance de la mano, todo me mecía suavemente en la cuna del infinito. Debajo de mí, el mar profundo, brillantemente iluminado por la lámpara de carburo, como si la cúpula del firmamento se uniera a ella para formar una esfera. En lugar de estrellas había pececillos de plata centelleando por doquier. Inmerso en un universo sin par, por encima, por debajo, por todas partes, donde todos los sonidos me dejaban sin aliento, experimenté de pronto un asombro inexplicable. Estaba seguro de que lo sabía todo aquí y ahora. Se me había revelado mi propio destino. Y también supe que, después de una noche como esa, difícilmente me resultaría posible envejecer. Estaba seguro de que no viviría hasta los dieciocho años porque, iluminado por tanta gracia, el tiempo ordinario no volvería a existir para mí.

El Alamein

Hace algún tiempo, encontré en mis archivos una postal de mi madre escrita a lápiz, fechada el 6 de septiembre de 1942. Tiene un sello con el retrato de Adolf Hitler. En el matasellos se lee claramente: MÚNICH, CAPITAL DEL MOVIMIENTO. La postal está dirigida al profesor doctor R. Herzog y familia, en Großhesselohe, a las afueras de Múnich. Era mi abuelo, Rudolf Herzog, el patriarca de la familia. Al parecer, mi madre no avisó a mi padre.

«Querido padre —escribe a mi abuelo—. Te informo de que anoche di a luz a un niño. Se llamará Werner. Con mis mejores deseos, Liesel.» Mi nombre, Werner, fue un acto de rebeldía contra mi padre, que había elegido para mí el nombre de Eberhard. Mi padre era un soldado destinado en Francia cuando yo nací. Había sabido escaquearse de la primera línea de fuego y estaba en la retaguardia, donde se distribuían los suministros, sobre todo víveres. Me había engendrado durante su último permiso, poco después de Año Nuevo. Mi madre descubrió más tarde que, antes de presentarse en casa, había pasado la primera mitad de su permiso de diez días con una amante.

Nací justo antes del punto de inflexión de la Segunda Guerra Mundial. En el este, la Wehrmacht pretendía tomar Stalingra-

do, lo que conduciría en pocos meses a una catastrófica derrota de los alemanes. En el norte de África, el general Rommel intentaba avanzar hasta El Alamein, lo que pronto llevaría a una debacle similar para el llamado «Reich de los mil años». Más tarde, cuando tuve que abandonar Estados Unidos a toda prisa con veintitrés años porque había violado las condiciones de mi visado y entonces me habrían deportado a Alemania, hui a México, donde tuve que buscarme la vida para sobrevivir. Trabajé en las charreadas montando toros jóvenes como una especie de payaso de rodeo, aunque no sabía ni cabalgar. Actuaba con el nombre artístico de El Alamein porque nadie sabía pronunciar mi nombre y, para simplificar, me llamaban «el alemán». Pero yo insistía en El Alamein porque cada vez que salía a la arena me machacaban, para regocijo del público, y era un silencioso recuerdo de la derrota alemana en el desierto magrebí. Cada sábado celebraban de nuevo esa derrota, simbolizada por las heridas que yo sufría inevitablemente.

Apenas dos semanas después de mi nacimiento, la capital del movimiento, Múnich, sufrió uno de los primeros ataques aéreos. Mi madre vivía en un pequeño estudio en una azotea en pleno centro de la ciudad, en el número 3 de la Elisabethstraße. Trece años más tarde nos mudaríamos a una pensión en el mismo edificio, solo un piso más abajo, donde conocí al lunático Klaus Kinski y viví sus ataques de locura delirante. En 1942, sin embargo, antes de que yo tuviera uso de razón, muchos edificios de los alrededores fueron destruidos y la casa donde mi vida acababa de empezar también sufrió graves daños. Mi madre me encontró en la cuna, cubierto de una gruesa capa de cristales rotos, ladrillos y escombros. Estaba ileso, pero ella, aterrorizada, nos cogió a mi hermano mayor Tilbert y a mí y abandonó la ciudad para dirigirse hacia las montañas de Sachrang, el pueblo más remoto de Baviera, situado en un estrecho valle junto a la frontera con Austria. Allí fue donde crecí. Mi madre tenía

conocidos en el lugar que la ayudaron a encontrar alojamiento en la granja Bergerhof, a las afueras del pueblo; no en la granja propiamente dicha sino en una diminuta casita contigua donde, según la costumbre bávara, los ancianos granjeros se ganan la vida después de ceder la granja a su primogénito. Vivíamos en el sótano. Encima de nosotros había una familia de refugiados de Hamelín, en el norte de Alemania.

Después contaré más cosas sobre mi padre y su familia. Pero, primero, hablaré de la familia de mi madre, los Stipetić, nativos de Croacia y originarios de Split, en Dalmacia. Más adelante se trasladaron a Zagreb, cuando la ciudad todavía se llamaba Agram. Mis antepasados, en el siglo XIX, fueron altos cargos y oficiales militares, y mi abuelo fue comandante del Estado Mayor de los Habsburgo, pero no lo conocí porque murió cuando mi madre tenía solo dieciocho años. Fue ella quien me contó que mi abuelo tenía predilección por el humor surrealista, por lo absurdo. Durante los dos años que estuvo destinado en Usküb, la actual Skopje, solo llevó un guante. Más tarde, en un café de Viena, se quitó los guantes de oficial delante del camarero y, para asombro de todos, tenía una mano muy bronceada mientras que la otra estaba blanca como la nieve. Como si se hubiera declarado en rebeldía, jugaba a las canicas con los chavales de la calle vestido con uniforme de gala y se distinguía por hacer cosas extrañas, poco dignas de un militar. La parte croata de mi familia era nacionalista y quería que Croacia se independizara del Imperio austrohúngaro, unas aspiraciones que culminaron más tarde en el fascismo. Con el apoyo de Hitler, un *poglavnik*, un líder, tomó el poder en Croacia durante tres años y la pesadilla no terminó hasta el fin de la guerra.

Mi abuela era una burguesa de Viena con la que mi madre no tenía una relación estrecha porque no simpatizaba con la burguesía. Yo tan solo la conocía por las escasas visitas que le hacíamos y mi único recuerdo vívido de ella es de una vez que

fui a verla con mi madre, ya cerca de su muerte, a una residencia de ancianos. Mi abuela estaba confusa y me pidió un vaso de agua, que le llené en el lavabo. «Una delicia», repetía, dando pequeños sorbos y agradeciéndome una y otra vez tan extraordinario néctar.

Lotte, la hermana menor de mi madre, se parecía a esta abuela austríaca, por lo que mi madre y ella no estaban muy unidas. Lotte era una mujer muy cariñosa que tenía dos hijos, un chico y una chica. Mi primo, unos años mayor que yo y con el que me llevaba muy bien, protagonizó un momento dramático en mi vida, la primera vez que volví a mi país desde Estados Unidos, con veintitrés años. Mi primer gran amor se había quedado allí, en Alemania, pero para entonces nuestra relación ya estaba desgastada, pues yo había sufrido una rápida evolución con los años que ella no comprendía. La había conocido cuando trabajaba de soldador en el turno de noche en la pequeña fábrica metalúrgica de sus padres. Había empezado allí mientras estudiaba en el instituto porque necesitaba dinero para mis primeras producciones cinematográficas. Tal vez por inseguridad, o porque yo no le propuse matrimonio antes de irme, se casó con mi primo durante mi estancia en Estados Unidos sin avisarme. Coincidió que, a mi regreso, acababan de volver de la luna de miel y, aun así, se fugó conmigo durante unos días, pero ni ella ni yo tuvimos fuerzas para cambiar las cosas. Como no quería volver directamente con su marido, mi primo, la llevé con sus padres, que me esperaban con sus cuatro hijos. Puede que solo fueran tres y que mi memoria exagere la superioridad numérica hasta hacerla abrumadora. No quería dejar a mi amada en la puerta de sus padres y largarme, así que estaba dispuesto a afrontar las consecuencias. Sus hermanos, unos brutos bávaros llenos de vigor que jugaban al hockey sobre hielo, me habían amenazado con matarme en cuanto apareciera por allí. Sus padres habían pronunciado amenazas similares, y con ra-

zón. Sin embargo, entré en su casa sin miedo. El día anterior ya había tenido un extraño encuentro con mi primo y mi amante, cuyo corazón estaba dividido entre los dos hombres. Todavía hoy estoy seguro de que no hubo puñetazos, ni tan siquiera el más mínimo roce, pero cuando nos separamos tenía el pómulo hinchado como si hubiera recibido un fuerte impacto. Cuatro décadas más tarde coincidimos de nuevo brevemente en una fiesta de cumpleaños familiar, pero nunca volvimos a acercarnos, a pesar de que ambos lo deseábamos.

La que había sido mi amante hasta que viajé a Estados Unidos quedó afectada por una especie de maldición y, a partir de entonces, siempre atrajo la desgracia. Tuvo dos hijos con mi primo, pero el matrimonio no funcionó. Posteriores relaciones suyas con otros hombres también acabaron mal. Finalmente se arrojó al vacío desde el puente Großhesseloher. En las viejas fotos en las que aparezco con ella siempre se nos ve despreocupados, con una alegría que no permitía adivinar el desastre que se avecinaba. Todavía hoy me entristece haberla abandonado cuando me fui a Estados Unidos sin haber tenido el valor de sincerarme con ella. Las mujeres de mi vida se han asociado a menudo con el drama, quizá porque los sentimientos entre nosotros siempre han sido muy profundos. Aun así, nunca he entendido del todo el grandioso misterio y la agonía del amor. Apenas he tenido relaciones superficiales. Aunque siempre me haya empujado el demonio del amor, mi vida no habría sido nada sin mujeres. A veces imagino un mundo en el que no hay mujeres, solo hombres. Un mundo así sería insoportable, patético, tambaleándose de un vacío a otro. Pero también tuve mucha suerte, tal vez más de la que merecía.

Mi familia paterna estaba formada por académicos. Sus raíces estaban en Suabia, pero una rama de ella eran hugonotes apellidados De Neufville, protestantes franceses que probablemente se establecieron en Fráncfort huyendo de la persecución

contra ellos a finales del siglo xvii. Mi árbol genealógico extendido nunca me ha interesado demasiado, pero recuerdo que mi padre descubrió que estábamos emparentados con el matemático Gauss y con otras celebridades históricas, incluso con Carlomagno, aunque eso sea estadísticamente probable en la mayoría de los alemanes y franceses. En realidad, lo que más le importaba a mi padre era darnos una notoriedad que no teníamos. Inscribió en el árbol genealógico como «explorador» a uno de mis hermanastros, Ortwin, al que apenas conozco y que recorría el mundo trabajando para un directorio de empresas semifraudulentas, como si fuera un nuevo Alexander von Humboldt. El mayor de estos dos hermanastros, Markwart, a quien conozco un poco mejor —aunque ambos quedaron marcados de por vida porque, a diferencia de mí, tuvieron la desgracia de criarse con mi padre—, es el único de nosotros que terminó una carrera. Estudió Teología Católica y escribió su tesis doctoral sobre las interpretaciones religioso-filosóficas del supuesto descenso de Cristo a los infiernos.

Mi abuela paterna Ella, una mujer alta y majestuosa que, por su fuerza de carácter, fue adoptando el papel de cabeza de familia, me dio una visión profunda de la historia de mi familia o, mejor dicho, una visión tubular, una perforación en el pozo de la vida de solo dos personas: ella misma y su abuela, mi tatarabuela. Este pozo de sondeo en mi árbol genealógico es lo único que ha llegado a interesarme. Ella misma escribió unas memorias, *A mis hijos y nietos*, con el subtítulo: *Sois muy curiosos y queréis saber cómo el abuelo conquistó a la abuela*. Debajo: *Navidad de 1891*.

Los recuerdos de mi tatarabuela se remontan al año 1829. Creció en Prusia Oriental. «Mi querida hijita —escribe la abuela de mi abuela—: En verano, cuando te conté por carta mis experiencias y recuerdos de la vieja patria, me contestaste que te alegraría que escribiera algunas historias de mi infancia que ha-

bía compartido con vosotros. Mi primer recuerdo consciente se remonta a mi tercer año de vida. Debió ser en 1829. Me veo en nuestro salón del castillo de Gilgenburg. Mi madre, cuyos rasgos no conservo en la memoria, está sentada en una silla en el alféizar de una ventana, ya que estas estaban a bastante distancia del suelo, ocupada con alguna labor frente a la mesa de costura. A duras penas consigo subirme al alféizar y luego a la silla. De pie detrás de mi madre, intento peinarla y acariciarle el pelo con ademanes infantiles. Entonces hay otro día que recuerdo como si fuera hoy y que nunca olvidaré: estoy en la habitación de mi madre, a media mañana. Ella se ha levantado de la cama y está tumbada en el sofá, yo estoy jugando a su lado; debe de haber alguien más en la habitación, porque oigo que dicen: “¡Se ha desmayado!”, y piden a gritos que alguien venga a levantarla y la acueste en la cama. Luego oigo gritar: “¡Un brasero para calentarle los pies!”. Le frotaron y calentaron los pies, pero fue en vano. Según supe más tarde, era el primer día que salía de la cama después de dar a luz a un hermanito. El bebé estaba muerto y recuerdo que me llamaron para que lo viera.

»En la hacienda de mi padre —escribe (por entonces debía de tener seis o siete años)—, con sus grandes bosques, también había muchos animales salvajes en aquella época: jabalíes en grandes robledales y bastantes lobos. A veces, cuando cabalgábamos por el bosque al atardecer, los caballos erizaban el lomo y, si mirabas alrededor, veías varios pares de ojos verdosos brillando entre los arbustos. Todos los años se celebraba una gran cacería de lobos y el gobierno ofrecía una recompensa por cada animal abatido. Y, mientras hubiera lobos, habría lobeznos, por supuesto. En alguna de sus incursiones por el bosque, los guardas forestales encontraban a veces el lugar donde estaba establecida una manada. Por la noche, cuando los adultos salían a cazar, los guardabosques iban a por los lobeznos, los metían

en un saco y los dejaban en la habitación con nosotros, los niños, que saltábamos de alegría y jugábamos con ellos, provocándolos para que aullaran con fuerza. Estaban condenados a morir. Las orejas y las garras se grapaban a un trozo de cartón y se llevaban al gobierno como prueba para cobrar la recompensa. Los lobos eran tan descarados que a veces entraban en los huertos y se llevaban un ganso, o le robaban al pastor una oveja del rebaño. Mi cabra, a la que tenía mucho cariño, corrió la misma suerte. Los pastores lograron ahuyentar al lobo gritando y soltando al perro, pero al pobre animal ya le habían mordido el gaznate. En las noches de verano, cuando se llevaban los caballos y el ganado al jardín, había que tomar medidas contra los lobos. Al volver los animales del campo al anochecer, los untaban con un aceite maloliente, creo que se llamaba *aceite francés*, que supuestamente era muy repulsivo para los lobos. Al ganado le untaban la cabeza y el espacio entre los cuernos, pues cuando se sentían atacados juntaban las grupas y se defendían con los cuernos. A los caballos les untaban la cola y la grupa, porque para defenderse de los lobos juntaban las cabezas y daban coces. Sin embargo, recuerdo que una mañana trajeron a un caballo con los cuartos traseros desgarrados y hechos jirones, por lo que hubo que rematarlo acuchillándolo...»

El Bergerhof de Sachrang me pareció igualmente un lugar idílico plagado de peligros, aunque nos hubiera venido impuesto por las catástrofes, los desequilibrios y las corrientes de refugiados de la Segunda Guerra Mundial. Recuerdo que, antes incluso de empezar la escuela, mi hermano mayor Till y yo arreábamos las vacas en la granja Lang'schen. Éramos amigos de Eckart, el hijo del granjero, al que llamábamos «el Mantequilla» porque su padre, que le propinaba unas palizas brutales, le obligaba a batir la nata para convertirla en mantequilla. El pastoreo nos permitió ganar dinero propio por primera vez en nuestra vida. Era una minucia, pero reforzó nuestro sentido de

la independencia. Quizás empezamos a ganarnos la vida incluso antes, a la misma edad, cuando llevábamos cerveza y refrescos al monte Geigelstein en un caballo *haflinger*. A la izquierda llevaba una alforja de cerveza amarrada al lomo y, a la derecha, una de limonada, y subíamos el largo camino casi a la carrera hasta el Oberkaser, un pasto alpino situado encima del refugio Priener Hütte. La diferencia de altitud con Sachrang es de unos ochocientos metros, e íbamos descalzos porque no teníamos zapatos de verano. Solo nos calzábamos los zapatos en otoño e invierno hasta finales de abril, y en los meses sin erre —mayo, junio, julio y agosto— tampoco llevábamos ropa interior bajo el pantalón de cuero. Hoy hay una carretera que sube a la montaña, pero por entonces subíamos por un sendero pedregoso y, aun así, tardábamos una hora y cuarto. Hoy los turistas tardan casi cuatro horas.

En el Oberkaser vivía una familia de lecheros alpinos, entre ellos una joven llamada Mare. Era la única que residía en el lugar todo el año, y se decía que no quería tener nada que ver con el valle ni con su gente desde que se había enamorado allí y la habían abandonado. Cuando tenía solo un año, su padre la metió en una mochila y la llevó a la montaña. Vivió allí desde entonces, y solo bajó al valle una vez en sesenta años porque tenía que firmar, según creo, algo para que le abonaran una pensión. Hace unos años, justo antes de que muriera, fui a visitarla con mi hijo pequeño, Simon. Ya tenía más de noventa años y estaba desgredada y asilvestrada, aunque la gente cuidaba de ella. Los jóvenes del servicio de rescate de montaña, que tenían una cabaña en las inmediaciones, iban a verla casi todos los días. Uno de ellos la peinaba de vez en cuando, y a ella le gustaba tener a un hombre joven y fuerte arreglándole el pelo. Sobrevivió al verano y al invierno, a la lluvia y a las tormentas. No mucho antes de mi visita, su cabaña había quedado completamente sepultada por una enorme avalancha, y el equipo de rescate había

cavado un pozo vertical de varios metros de profundidad para rescatar a Mare con vida de la cabaña de piedra, que seguía casi intacta. Cuando fui a verla, un hombre que la cuidaba de manera muy cariñosa acababa de instalar un calefactor en su nuevo hogar que se encendía y apagaba automáticamente en función de la temperatura, porque una vez la habían encontrado medio muerta de frío en la cama y, en otra ocasión, se había prendido fuego a sí misma al encender broza para calentarse. Las autoridades responsables de Aschau debatieron sobre si debían interinarla en una residencia de ancianos, pero ella se negó en redondo y se decidió que la dejarían morir en el hogar donde siempre había vivido. Mare solo conservaba un borroso recuerdo de los dos chiquillos que acudían a ella montados en el *hafinger* setenta años atrás. A veces, cuando hacía mal tiempo, mi hermano y yo nos quedábamos a dormir sobre el heno, en lo alto de la montaña, y partíamos al amanecer porque teníamos que devolver el caballo y recoger nuestros cincuenta céntimos antes de ir corriendo a la escuela.

Como el sendero que subía al pasto alpino tenía piedras afiladas que a menudo quedaban ocultas bajo las matas de hierba, siempre teníamos los pies arañados y ensangrentados. Un verano, estábamos muertos de sed, así que entramos en el establo de la cabaña Schreckalm y mi hermano se acercó a una vaca para ordeñarla. Pero el animal era joven y le pegó una coza tan fuerte que lo mandó volando hacia la parte trasera del establo. Todavía hoy sé ordeñar una vaca y reconozco a las personas que saben hacerlo, igual que uno identifica a veces a un abogado o a un carnicero. Estos conocimientos me fueron útiles mucho más tarde, con los astronautas que formaban la tripulación de un transbordador espacial. Sentía verdadera fascinación por una misión para explorar Júpiter, tremendamente difícil y condicionada por varios contratiempos. En 1989, tras muchos retrasos y cambios de planes, la sonda espacial *Galileo* viajó ha-

cia las profundidades del espacio desde un transbordador. Para alcanzar la velocidad necesaria, la sonda tuvo que orbitar una vez alrededor de Venus y dos alrededor de la Tierra, para que la gravedad de ambos planetas creara lo que se conoce como *efecto honda*. Esta empresa duró catorce años. En 2003, al final de la misión y cuando la sonda *Galileo* se estaba quedando sin combustible, la NASA decidió utilizar la energía que le restaba para sacarla de la órbita de una de las lunas de Júpiter y dejarla a merced de la gravedad del gigante gaseoso. Para no contaminar Europa, la luna de Júpiter cubierta por una gruesa capa de hielo que en teoría contiene un océano líquido con formas de vida microbiana, la sonda *Galileo* se sumergió en los gases de Júpiter, donde se fundió como plasma ultracaliente. Casi todos los científicos y técnicos que habían trabajado en la misión se reunieron en el centro de control de Pasadena, California, para presenciar la muerte de la sonda. Yo había oído hablar de ella y ansiaba estar presente porque sabía que muchos de los participantes lo celebrarían con champán y suponía que otros muchos estarían de luto. Como me habían denegado el permiso para asistir al acto, escalé la alambrada del recinto, aunque no logré burlar a los guardias de la entrada. Un físico a quien todavía estoy agradecido me reconoció cuando los de seguridad me detuvieron y llamó a la sede de la NASA en Washington. Por pura casualidad, los responsables estaban reunidos allí y llamaron al mismísimo jefe de la agencia, tras hacerme prometer que no lo molestaría más de sesenta segundos. Estuve de suerte. El hombre había visto algunas de mis películas y simplemente dio el siguiente orden: «Dejad entrar a ese loco de la cámara». Lo que más me impresionó de aquel día fue que casi todos los miembros del equipo lloraban y que, de repente, cuando la sonda aún daba señales de vida, se anunció la muerte de la misión. Habían calculado el momento con antelación, pues la sonda siguió transmitiendo durante cincuenta y dos minutos: era el

tiempo que tardaba en llegar a la Tierra la señal de los ya muertos, los quemados.

Esto me llevó a seguir investigando. En un archivo encontré unas maravillosas filmaciones en celuloide de 16 mm tomadas por los astronautas que trabajaban en la misión del transbordador. Sospecho que era la única película existente en ese formato, ya que las bobinas aún estaban envueltas en el plástico del laboratorio y nadie las había reproducido hasta aquel momento. Cuando en 1989 se lanzó la sonda ya había imágenes de vídeo del espacio y también películas de 8 mm, por supuesto, pero en la tripulación de esa misión había un astronauta con talento que se interesaba por el cine. Él filmó la mayor parte del material y, aunque otros miembros del equipo también colaboraron, este astronauta en concreto grabó imágenes de una belleza extraordinaria que me dejaron maravillado. Había sido piloto de pruebas de todas las aeronaves de las Fuerzas Aéreas estadounidenses y también había capitaneado un submarino nuclear.

Enseguida me di cuenta de que aquellas imágenes, junto con otras tomadas bajo el hielo de la Antártida, serían la columna vertebral de mi película de ciencia ficción *La salvaje y azul lejanía*. Sería mejor que las imágenes unidas tomaran su propio impulso y desembocaran en una historia independiente. En ella también debían aparecer los astronautas de la tripulación del transbordador. Ahora tenían dieciséis años más, pero, según mi guion, habían viajado a una velocidad tan grande que en la Tierra habían pasado ya 820 años. El tiempo estaba distorsionado y regresaban a una Tierra deshabitada de humanos.

Tardé meses en poder conocerlos a todos en el Centro Espacial Johnson de Houston. Había unas sillas dispuestas en semicírculo en una gran sala y los ancianos astronautas estaban sentados cuando me hicieron pasar. Sabía que todos eran científicos muy cualificados: una de las dos astronautas era bioquímica y la otra, médica; y entre los hombres había uno de los

físicos de plasma más eminentes de Estados Unidos. Unos profesionales como la copa de un pino. Al saludarlos se me encogió el corazón. ¿Cómo iba a conseguir que actuaran en una película de ciencia ficción tan descabellada y fantasiosa? Les conté brevemente mis orígenes en las montañas bávaras mientras examinaba sus rostros. El piloto, Michael McCulley, tenía unos rasgos fuertes y bien definidos, como los vaqueros de las películas. Les dije que, en realidad, yo no era una criatura de la industria cinematográfica, sino alguien que había aprendido a ordeñar vacas durante la posguerra. Aunque ya sea tarde para lamentarse, todavía hoy me horroriza darme cuenta de que estuve desvariando como un loco. Mencioné que, a través de mi trabajo con actores y fisionomías, había desarrollado el instinto de ver cosas dentro de las personas. Por ejemplo, solía reconocer a las personas que sabían ordeñar vacas. Me volví hacia McCulley y le dije: «Estoy seguro de que usted sabe ordeñar». Él lanzó una exclamación en respuesta, se dio una palmada en el muslo e imitó con los puños los movimientos del ordeño. Efectivamente: McCulley había crecido en una granja de Tennessee, donde había aprendido a ordeñar. No quiero ni imaginar la vergüenza que habría pasado de haberme equivocado. Pero se rompió el hielo, y todos los astronautas que habían protagonizado la película de 16 mm actuaron en mi película, con 820 años de más.

Los niños de Sachrang aprendimos a pescar truchas con nuestras propias manos. Estos peces se refugian bajo las piedras o los bancos de hierba de la orilla cuando la gente se acerca, y permanecen allí inmóviles. Para atraparlas, hay que palparlas con cuidado con ambas manos a la vez y agarrarlas con decisión. Muchas mañanas pescábamos un par de truchas en el arroyo Pribach de camino a la escuela porque teníamos hambre, las guardábamos vivas en un estanque lateral poco profundo y las recogíamos después, a la vuelta. Mi madre las freía en la sartén. Recuerdo cómo se retorcían, recién muertas y desca-

bezadas. Recuerdo que algunas incluso saltaban. Nuestras vidas transcurrían casi exclusivamente al aire libre y nuestra madre nos echaba de casa sin contemplaciones cuatro horas todas las tardes, incluso los días más fríos de invierno. Al anochecer, esperábamos helados ante la puerta principal, con la ropa cubierta de nieve. A las cinco en punto se abría la puerta y nuestra madre, sin ninguna ceremonia, nos sacudía la nieve de encima con una escoba antes de dejarnos entrar. Pensaba que estar al aire libre era saludable y nosotros nos lo pasábamos de maravilla, sobre todo porque apenas había padres en el pueblo y todo estaba sumido en la anarquía, en el mejor de los sentidos de la palabra. Yo, por encima de todo, me alegraba de no tener un sargento en casa que nos dijera cómo comportarnos.

Lo aprendíamos todo sin instrucciones.

Recuerdo un ternero muerto de Sturmhof, la granja vecina, tirado en la nieve al borde del bosque. Tironeando del cadáver había al menos seis zorros que huyeron cuando me acerqué. Mientras mi hermano rodeaba el ternero, un zorro salió de repente del interior de la cavidad abdominal, se agazapó y huyó de un salto. Los zorros tienden a agazaparse cuando son sorprendidos. Mucho después, en 1982, mientras caminaba por una pista forestal a lo largo de la frontera alemana, el viento me trajo de repente el inconfundible olor de un zorro, que debía de estar muy cerca. Al doblar un recodo lo vi, enfrente de mí, desprevenido, hecho un ovillo. Me acerqué con sigilo y estaba a punto de alcanzarlo cuando el zorro se dio la vuelta y se agazapó por un momento con el trasero a ras de suelo, como si estuviera esperando que su corazón volviera a latir. Solo entonces echó a correr, todavía agazapado.

Únicamente había que tener un poco de cuidado en otoño, cuando los ciervos estaban en celo. Un ciclista fue atacado por un ciervo furioso y se refugió bajo un puentecito, donde lo siguió el animal desbocado, que acabó huyendo asustado ante el

ruido de unas latas vacías tiradas en el suelo. También había encuentros misteriosos. Mi hermano fue testigo de que una vez, a plena luz del día, toda la ladera detrás de nuestra casita se llenó de repente de comadreja que corrían hacia el arroyo. No creo haberlo soñado, aunque eso siempre puede ser una explicación. Normalmente veíamos una sola comadreja, dos a lo sumo, pero ese día debía de haber varias decenas. Los *lemmings* sí que son conocidos por sus huidas en masa, pero nunca había oído hablar de un comportamiento semejante en las comadreas. Algunas se refugiaron entre los troncos de una pila de leña, pero cuando fui a buscarlas no encontré ninguna. Los alrededores estaban llenos de misterios. En el camino que iba al pueblo, al otro lado del arroyo, había un bosque de abetos altos, el bosque de las hadas, en el que casi nunca nos atrevíamos a entrar. En la estrecha garganta detrás de la casa había una cascada que, antes de precipitarse hacia el barranco, formaba una poza que siempre estaba llena de agua helada y cristalina. A veces caían árboles gigantes en esa charca de agua, lo que daba al lugar un aire primigenio. Allí vi a Sturm Sepp bañándose completamente desnudo y frotándose todo el cuerpo con un cepillo de raíces. No parecía un ser humano, sino más bien un viejo árbol gigante con líquenes ondeando al viento.